

R. No, porque todos sus dogmas están al alcance de la razon, en la cual se fundan bajo el profundo examen de las leyes del universo y la Providencialidad de la humanidad, descubridora á su vez de sus deberes para con Dios, para consigo misma, para con los hombres individuales, y para con los demas seres criados, como encomendada de la continuacion y perfeccionamiento de la creacion sobre este planeta.

P. No siendo revelada la religion Providencial, en nombre de quién la anunciais?

R. La anuncio en nombre de Dios, que dotó al espíritu humano del intuitismo de la verdad y del instinto Providencial, y por lo tanto, moral y religioso; la anuncio en nombre de la razon cultivada con los sentimientos de la mas sincera abnegacion y filosofía; la anuncio en nombre de la Providencialidad humana que aun en las épocas mas tristes de ignorancia y depravacion, ha manifestado sus tendencias benéficas y sociales; la anuncio en nombre del espíritu humano consultado asiduamente y sin prevenciones siniestras; la anuncio, en fin, en nombre de la felicidad y bienestar de los hombres, identificada con la práctica de las virtudes Providenciales y el puro culto que espontáneamente deben elevar á la divina y eterna Providencia, imitándola bajo su santa y sublime religion.

P. Habiéndome dado una idea de los principios religiosos de la Providencialidad del hombre, cuál debe ser el próximo estudio á que ésta nos conduzca?

R. Al estudio metódico del bien y del mal, porque la ignorancia y el escepticismo conducen frecuentemente al hombre á suponer blasfemamente que Dios es el origen del mal, ó que no hay Dios, y que el mal y el error serán perpetuamente el patrimonio humano.

P. Cuántas clases hay de bien y de mal?

R. Hay cuatro: la física, la moral, la social y la intelectual, cuyas cuatro clases serán nuestro estudio en los cuatro capítulos subsecuentes.

CAPITULO II.

DEL BIEN Y DEL MAL FISICO.

PREGNATA. Cómo se distinguen el bien y el mal físico?

RESPUESTA. El bien se distingue por la satisfacción y el placer, y el mal por la necesidad y el dolor.

P. En qué haceis consistir la necesidad?

R. En el aviso íntimo que nos da nuestra propia naturaleza de ser necesario el llenar alguna condicion mas ó menos urgente y efectiva para obtener nuestra satisfaccion ó placer.

P. Por qué decís que la necesidad puede ser mas ó menos urgente?

R. Porque hay muchos grados en el apremio con que la naturaleza nos urge para la satisfaccion de una necesidad: por ejemplo, en la de alimentarnos hallamos en su primer grado el apetito, que suele ser un verdadero dolor; en el segundo grado encontramos el hambre, que suele ser una verdadera y tremenda enfermedad, que termina infaliblemente con la muerte, si no se regenera con el alimento la vida; pero que aun en este caso deja siempre lesiones mas ó menos profundas ó funestas.

P. Hay acaso necesidades que se pueden aplazar indefinidamente sin grave peligro de la existencia?

R. Si las hay, y tales son las de la diversion, las del placer y las de la concupiscencia.

P. A qué llamais satisfaccion?

R. Al acto mas ó menos imperioso de satisfacer una necesidad. Cuando la satisfaccion se verifica en un estado normal y de poco interés, su carácter es suave y agradable; pero cuando ella está promovida por interés ó estímulos muy activos, se cambia en placer; mas si los estímulos son activísimos, la satisfaccion suele tener los verdaderos caracteres del dolor.

P. Qué consecuencia sacais de la existencia de las necesidades y de la satisfaccion de ellas?

R. Una muy gloriosa para el Criador, que ha sabido disponer así la organizacion de los seres vivientes, para que por sí mismos atiendan á su conservacion, propagacion y bien estar.

P. A qué llamais dolor?

R. Al aviso que nos da nuestro propio organismo de la existencia ó accion en nosotros, de un mal que puede sernos funesto.

P. Pues qué, el dolor no es un mal?

R. El dolor es el sentimiento del mal, y por consecuencia se identifica con él; pero no es un mal en sí mismo, y por el contrario, se le puede considerar como un

inmenso beneficio concedido por Dios á las criaturas sensibles, para su conservacion y bienestar.

De facto, los nervios sensitivos que dan á nuestra conciencia el aviso del mal, es decir, la sensacion del dolor, son los continuos centinelas que Dios ha puesto en nosotros mismos y que nos avisan de cualquiera causa de mal que perjudica nuestra organizacion. Así es que sin la sensacion del dolor, los agentes del mal nos encontrarían desapercibidos, y por consecuencia indefensos, y las lesiones, que por la propia defensa promovida por el dolor, suelen ser ligeras, sin este saludable aviso vendrían á ser funestas, prolongando su accion destructora desapercibida.

He aquí por qué la cuestion del dolor es en sí misma complicada é interesante. El dolor, como un medio necesario para evitar la ecsistencia ó la continuacion del mal, es un gran bien; pero el dolor como consecuencia del mal, no solo es un mal en sí mismo, sino en realidad la espresion ó el resúmen del mal. Así es, que física y gradualmente hablando, el hombre reasume estas ideas: mal, dolor y muerte, ya sea ésta parcial de alguno ó algunos miembros, ó ya la general del individuo. Así es, que se prefiere el mal inerte, al dolor; el dolor á la pérdida de un miembro; y se prefiere el dolor y la pérdida de uno ó mas miembros á la muerte.

P. Pero qué, no pudo Dios darnos los avisos del mal físico sin un agente tan penoso como lo es el dolor?

R. Hace unos cuantos años apenas que era una gran objecion la cuestion vacilante é irreverente de si Dios ó la ignorancia humana son la causa del dolor como necesario. Diré mas; la misma ignorancia hacia que se creyese al dolor necesario, como preparado por el Criador en la formacion de sus criaturas, y por consecuencia, se le podria objetar la ecsistencia de un mal inseparable del bien, y la ecsistencia del bien con todos los caracteres del mal. Pero ha venido la ciencia á descubrir uno de los mas admirables beneficios del Criador, y se sabe el modo de eludir el dolor cuando éste es inútil y aun agravante del mal. Así es como las aspiraciones etéreas y aun otros procedimientos adormecedores del sistema nervioso han llegado á ser los grandes recursos humanos para suspender la vigilancia del dolor, cuando éste deja de ser conveniente. ¡Loado seas, Dios bondadoso, que dispusiste como Providente, y loada sea la ciencia que ha descubierto como Providencial aquellos recursos admirables por los cuales el dolor queda con todo el carácter utilitario del bien, y ha cedido á la ciencia toda su penosa necesidad de inevitabile mal!

De este modo se le ha venido á quitar aun al parto mismo aquella pena amenazadora que habia parecido á nuestros antepasados como la evidencia de una maldicion incontrastable.

Ya veis por lo tanto que el dolor queda reducido á su cualidad de aviso orgánico de las necesidades y peligros que no deben pasar desapercibidos del ser viviente para su bienestar y conservacion, ó al menos para evitar con un mal [relativamente menor] otro mayor.

P. Nos da nuestra organizacion otros avisos para salvarnos de la necesidad y del mal, ó para proporcionarnos la satisfaccion y el placer?

R. Sí, nos ha dado organizaciones admirables que operan en nuestra economia funciones importantes y á la vez indicativas de ellas á nuestra ecsistencia.

P. Decidme los agentes mas importantes de esta clase de funciones ó avisos que ecsisten en la organizacion del hombre.

R. El primero es de la vista, que avisa á nuestra alma de multitud de objetos de interés, de utilidad ó de peligro inmediatos, distantes ó lejanísimos de nosotros. El segundo es el oido, que asimismo le avisa de intereses, placeres ó peligros in-

mediatos ó distantes, aunque siempre bajo los limites de la atmósfera. El tercero es el olfato que nos avisa de placeres, peligros ó males inmediatos á nosotros ó poco distantes. El cuarto es el gusto que nos avisa con el placer, el desagrado ó el dolor, de la salubridad, agradabilidad, desagradabilidad, ó insalubridad de nuestros alimentos y bebidas. El quinto es el tacto que nos avisa de los placeres y peligros que nos ofrecen los objetos que inmediatamente se reúnen á nosotros. El sexto es el apetito que nos indica la necesidad de alimento sólido. El séptimo es la sed que nos indica la necesidad de alimento líquido. El octavo es el estornudo que nos avisa de la necesidad de espeler de los senos frontales ó de la mucosa nasal humores, parásitos, ó agentes deletereos que ponen en peligro ó que dañan aquellos órganos. El noveno es la tos que nos advierte de existir en nuestra laringe, pulmones, faringe, ó esófago humores, lesiones, parásitos, ó agentes deletereos que amenazan ó dañan esos órganos. El décimo es el hipo que nos avisa de iguales peligros ó males que amenazan ó dañan el diafragma. El undécimo es el asco con que el estómago nos avisa que repugna los alimentos ú objetos descompuestos, indigestos, repugnantes, indigeribles, ó contrarios á nuestra nutricion molecular. El duodécimo la nausea por la cual el estómago procura deshacerse de materiales humores ó parásitos dañosos, y es en ciertas ocasiones el aviso de existir en aquella viscera causas inflamatorias ó deletereas. El décimo tercio es el hastío con que las vísceras nos avisan de los peligros orgánicos que nos amenazan dando acceso á los abusos de la gula ó de la lujuria. El décimo cuarto es la calentura, que es simplemente el esfuerzo supremo que nuestro organismo hace por librarse de agentes destructores que obran en una ó mas de nuestras principales vísceras; ella es tambien el poder salutífero que determina las crisis benéficas en la curacion de algunas lesiones, ó en la transicion de algunos humores. El décimo quinto es el bostezo que nos indica la debilidad, falta de tension ó necesidad de descanso cerebral. El décimo sexto es la convulsion que nos avisa de la existencia de graves peligros en nuestro sistema nervioso. El décimo séptimo es el conato de nuestras vísceras inferiores, que nos advierte de la necesidad de exonerarlas, ya de los residuos fecales, cuando es normal, y ya de humores parásitos ó materiales deletereos, cuando es exáservado ó anormal. Por último: hay tambien estímulos, aunque muy susceptibles de dominio, que nos advierten de otras necesidades físicas para la conservacion de la especie, como secundarias á la conservacion individual.

P. Conque la tos, la calentura, etc., etc., no son en sí mismas males ó enfermedades?

R. Todos esos penosos fenómenos, así como el dolor, se identifican con el mal, pero no son su causa; y por el contrario, ellos son felicísimos recursos con que Dios ha dotado nuestra organizacion física, ya como avisos y ya como medios naturales curativos para salvarnos de los males ó enfermedades.

P. Qué cosa es el placer?

R. Es el bien estar que nos hace agradable la vida ó alguna facultad ó acto de ella que ejercemos, cuando no abusamos en su ejercicio.

P. Qué condiciones necesita el placer para ser duradero y feliz, y para salvarse de su abuso nocivo?

R. Necesita, primero: estar acorde con las leyes naturales de nuestra organizacion y conservacion y la de nuestra especie. Segundo: no exederse en él ni gastar las fuerzas en lograrlo. Tercero: no usar de las facultades que proporcionan el placer en los casos de enfermedad ó debilidad.

P. Cuáles son los resultados del placer cuando no se cumple con estas condiciones para obtenerlo?

R. Que se convierte en verdadero dolor, y en germen inagotable de males. He

aquí como el dolor es un guardian benéfico y seguro de nuestra conservación y bienestar. Sin él, el abuso del placer nos sería siempre funesto; pero luego que abusamos de los placeres, vienen el hastío y el dolor á avisarnos del peligro.

P. Pues por qué no observáramos siempre estos benéficos avisos?

R. Por el abuso que hacemos de nuestro libre alvedrío y nuestro desden ó olvido de los consejos saludables de la esperiencia y la prudencia, lo cual nos suele precipitar hácia graves enfermedades.

P. Creéis que haya enfermedades esenciales ó necesarias en la naturaleza?

R. No, ni una sola.

P. Pues qué pensáis del parto y de la muerte?

R. El primero es la satisfacción de una necesidad natural, que sería siempre fácil y feliz si la sociedad no fuese abusiva del placer y contraria á las indicaciones de la naturaleza, y si la higiene hubiese llegado á su perfeccion teórica y prácticamente y que aun hoy sabe ya la ciencia evitarle los dolores. En cuanto á la muerte sigue el curso natural de la vida. Cuando esta es turbulenta, corrompida y abusiva en los placeres, se acorta, se envuelve en penalidades, se plaga de males y trae como consecuencia inevitable una muerte próxima y atroz en sufrimientos.

P. Creéis que la civilizacion, las virtudes y la ciencia traigan un cambio benéfico en este punto?

R. Sin duda ninguna, porque la verdadera civilizacion en vez de hacer al hombre débil, enfermizo y afeminado, lo hará robusto, sano y vigoroso de cuerpo y alma, y su vida se prolongará libre de enfermedades, de miserias, de abusos y de vicios, y su muerte será calma, rápida y tranquila, como el tránsito suave de una vida pasajera, dignamente cumplida, para el renacimiento merecido á la vida inmortal.

P. Y creéis que llegará una civilizacion semejante?

R. Sin duda ninguna, puesto que una vez conocidos los principios en que se funda y la manera fácil y sencilla de hacerla práctica bajo la religion Providencial, será su consecucion obra de la sola voluntad de los hombres, y éstos no podrán dejar de quererla cuando palpen la evidente felicidad que traerá á la especie y á los individuos de la humanidad.

P. Pues á qué límites debe quedar reducido el mal físico?

R. Al de los accidentes inevitables, y aun estos serán muy raros, porque la virtud, la prudencia y la sabiduría de los hombres los salvará de casi todos los accidentes maléficis.

P. Pues qué, creéis que el hombre pueda desterrar las enfermedades de su especie?

R. Si, lo creo, y para demostrarlo dividiré las enfermedades en endémicas, virulentas, orgánicas, humorales, nerviosas, epidémicas y accidentales. Las primeras datan del descuido ó impotencia actual del hombre para desecar los pantanos, dando curso á las aguas estancadas, depurándolas de gérmenes ó parásitos vegetales ó animales, rosando las selvas y substituyendo á los vegetales dañosos con los útiles y salutíferos, y ventilando los lugares en donde se alojan gases pútridos, irrespirables ó deletéreos. El estudio atento de las localidades dará la norma indefectible de corregir estos males é inconvenientes y de cambiarlos en bienes y en salubridad. Las enfermedades virulentas, datan ó de origen semejante y en ese caso las precauciones serán las mismas; ó proceden del desaseo, impureza, vicios, corrupción y maldad de los hombres, que se han plagado de indignas dolencias y que las transmiten á sus descendientes ó á sus semejantes, corrompiendo al mismo tiempo sus costumbres. El aseo, la higiene, la virtud y la medicina purificarán la humanidad de esta clase de enfermedades. Las orgánicas, deben su origen á los vi-

cios, la miseria, las penas, el desaseo, la mala alimentacion y la degeneracion de la especie, cuyas causas pueden obrar directamente sobre los individuos, haciéndoles contraer esas enfermedades, ó indirectamente haciéndolas hereditarias. En ambos casos se palpa que el bienestar, la higiene y la virtud, son suficientes para curarlas ó evitar que pasen á las generaciones futuras. Las humorales tienen su origen en la miseria, los malos alimentos, en la respiracion infecta, en los excesos en las comidas y bebidas, en el imprudente tránsito á las extremas temperaturas, en la falta de higiene, ó en fin, en los vicios, cuyas causas por sí mismas indican sus legítimos y adecuados remedios. Las enfermedades nerviosas se originan por causas muy semejantes á las anteriores, y por el abuso de los placeres y de las bebidas ó comidas estimulantes. Una higiene racional y la economia juiciosa de los goces y las fuerzas bastarán para precaver esas enfermedades tan rebeldes á la medicina una vez desarrolladas. Las epidémicas tienen su origen en causas semejantes á las endémicas; pero una vez depositados sus gérmenes en la atmósfera, se transmiten á grandes distancias y aun acaso dan vueltas periódicas al rededor del globo, concordes con las perturbaciones que el fenómeno de la nutacion de la luna, ejerce en la masa gaseosa de la atmósfera, haciendo que ésta dé una vuelta completa en torno de la tierra en cosa de diez y ocho y medio años, cuyo fenómeno se palpa en México con la periodicidad de la abundancia ó escasez de las aguas y la vuelta de ciertas oleadas epidémicas. La atenta observacion de estos fenómenos y la adecuada manera de combatirlos traerá á la ciencia la seguridad de vencerlos, ó al menos la de impedir por una sabia higiene que ataquen á los individuos que profesan la religion Providencial. Por último: las enfermedades accidentales son aquellas que se derivan de la guerra, del hambre, de las imprudencias, de los desórdenes y de los golpes. La religion Providencial hará cesar la primera y segunda; la higiene, el orden y la virtud harán lo mismo con la tercera y cuarta, y los últimos serán muy raros, y mas raramente funestos con las costumbres gimnásticas y varoniles de la sociedad regenerada y hecha feliz por la misma religion.

Así, pues, habreis ya comprendido que la mayor parte de las enfermedades consiste en humores, plantas, ó animales parásitos que se apoderan de alguno ó algunos de sus órganos, y que mecánica ó ponsoñozamente producen la perturbacion corrupción ó destruccion de los órganos ó humores atacados, y de este modo se advierte que si el hombre, obrando Providencialmente, estinguendo todos esos parásitos, ó librándose higiénicamente de ellos, se salvará de la multitud de enfermedades que ellos producen, y que lográndose aun mas facilmente el evitar con la prudencia y con la higiene las demas dolencias, habrá el cumplido como una Providencia, librándose y librando á su especie de esas funestas causas de mal físico y de muerte prematura á que llamamos enfermedades. Asimismo ya veis tambien como examinada con propiedad la cuestion importante del mal físico, se hace patente la blasfema inculpacion que de este hacia el hombre á la divinidad.

P. Y cómo se salvará la sociedad de los accidentes provenientes de los naufragios, de las tempestades, de los terremotos y de tantos otros fenómenos que en grande escala se desarrojan sobre el globo por las fuerzas naturales?

R. La ciencia y la religion Providencial bastarán para vencer esas fuerzas de la naturaleza, ó para neutralizar sus efectos con respecto á la humanidad. El hombre conoce ya la naturaleza del rayo y lo desvía de su cabeza é intereses con una punta y varilla metálica. Los buques son ya construídos con divisiones á prueba de agua, y sus materiales y dimensiones, prudente y científicamente calculados, y gobernados, y defendidos con la enorme fuerza del vapor los hará insusceptibles de naufragios funestos. Los edificios obtendrán la preparacion, la forma, los materiales y la construccion potátil, que les dará gracia, belleza y resistencia, y que los